

sores". Y con lágrimas en los ojos nos rogaban pidiéramos al Señor que también ellos pudieran un día alcanzar tan gran fin. Realmente mostraban tener valor verdaderamente de mártires al responder con tanta libertad y cofianza a los gentiles, dando muestras de gran temple de alma. Rehusaban el nombre de mártires que les daban los hermanos, poseídos como estaban de temor de Dios, y se humillaban bajo su poderosa mano que tan alto les había elevado.

A todos excusaban y no condenaba a nadie. A todos perdonaban y a nadie acusaban. Aun por aquellos por quienes tan cruelmente habían sido atormentados hacían oración al Señor, y a imitación de San Esteban decían: "Señor, no les inculpéis este pecado". Y si El oraba por los que le apedreaban, ¿con cuánta mayo razón hemos de creer que lo haría por los hermanos? La mayor lucha la hubieron de librar contra el demonio, movidos de ardiente y sincera caridad para con los hermanos, porque pisando el cuello de la antigua serpiente, la obligaron a restituir la presa que se disponía a devorar. Respecto de los caídos, no obraron con altanería y desdén; al contrario, les prodigaban cuantos favores podían, mostrándoles un amor maternal, derramando ante el Señor abundantes lágrimas para alcanzarles la salvación. Pidieron al Señor la vida, y se la concedió, y ellos, a su vez, se la comunicaron a sus prójimos. En todo salieron victoriosos.

Amaron la paz y nos la recomendaron, y en paz fueron a la presencia de Dios. No fueron ni causa de dolor para la madre, ni de discordia para los hermanos, sino que a todos dejaron como herencia la alegría, la concordia y el amor.

18. Alcibíades, uno de los mártires, llevaba una vida dura y mortificada, vivía sólo de pan y agua. Como en la cárcel quisiera seguir el mismo régimen, después de ser expuestos por primera vez en el anfiteatro, le fue revelado a Atalo que Alcibíades no obraba bien en no querer usar de las criaturas de Dios, y porque era ocasión de escándalo para los demás. Al punto obedeció Alcibíades, y en adelante usó sin distinción de todos los alimentos, dando gracias al Señor. La gracia divina no dejó de asistirlos, siendo su guía y consejero el Espíritu Santo.

## **Lista de los Mártires de Lyon, según el Martirologio de San Jerónimo.**

En Lyon de las Galias cuarenta y ocho mártires, a saber: Fotonio, obispo; Zacarías, presbítero; Vito, Macario, Asdepiades, Silvio, Primo, Ulpio, Vidal, Comino, Octubre, Filemón, Gemino, Julia, Albino, Grata, Potarnia, Pompeya, Ródana, Biblis, Cuarcia, Materna, Elpis.

Fueron arrojados a las bestias: Santos, diácono Mártir, Atalo, Alejandro, Pontigo y Blandina.

Murieron en la prisión: Aristo, Cornelia, Zósimo, Tito, Julio, Zótico, Apolo, Germiniamo, Julia, Ansonia, Emilia, Jamnicia, Pompeia Romna, Amelia, Justa, Trófima y Antonia.

Todos estos servidores de Cristo fueron coronados bajo el reinado de Marco Aurelio Antonino.

También lo fueron estos otros: Vicente, Nina, Prisco, Lepaca, Hilario, Félix y Cástula.

Y también en la misma ciudad: Epágato, Emilia y Donata.

Esta carta que dirigen las iglesias de Lyon y Viena, en Francia, a las iglesias de Asia y Frigia, es uno de los monumentos más preciosos de la antigüedad cristiana. Las causas y circunstancias de la persecución de que fueron víctimas estas iglesias, se relatan muy al vivo en sus páginas, tanto, que un autor ha dicho de ella que parece está salpicada con gotas de sangre de los mártires.

## MARTIRES ESCILITANOS

### Cartago, 17 de julio de 180

#### Actas Proconsulares <sup>3</sup>

Catorce días antes de las calendas de agosto, siendo cónsul Claudio, y reunidos los jueces, dieron orden los magistrados de que fueran presentados al tribunal, Esperato, Narzal, Cetino, Donata, Segunda y Vestina. Cuando comparecieron, dijo el procónsul Saturnino: “Si os convertís al culto de nuestros dioses, alcanzaréis perdón de nuestros señores los emperadores Severo y Antonio”.

Respondió Esperato: “Nosotros nunca hicimos mal alguno ni ninguna iniquidad, ni hemos maldecido a nadie, sino al contrario, cuando nos maltratábais dábamos gracias a Dios; porque adoramos al verdadero rey y Señor”.

El procónsul Saturnino: “Nuestra religión es también distinguida y fácil de observar; juramos por el genio de nuestro señor el emperador y suplicamos por su salud. Esto es lo que debíais de haber hecho vosotros”.

Esperato: “Si me prestas atención te revelaré el misterio de la mansedumbre”.

Saturnino: “Si me vas a hablar del misterio de los cristianos, no toleraré el mal que dirás de nuestra religión. Ahora se trata de que hagas votos por el genio de nuestro rey”.

Esperato: “Yo no sé quien es ese genio del emperador del mundo; sólo sirvo a mi Dios, que está en el cielo, a quien ningún hombre vio ni puede ver. A nadie he hecho fraude, sino que cuando he comprado he pagado, porque reconozco al Señor y le adoro como a rey de reyes, y dueño de todos los pueblos”.

Dijo el procónsul Saturnino: “Dejad toda esa palabrería y acercaos a sacrificar a los dioses”.

Esperato: “Sólo es mala aquella doctrina que invita al homicidio y al falso testimonio”.

Saturnino: “Dejaos de esas locuras y temed a nuestro rey obedeciendo sus órdenes”.

Respondióle Citino: “No debemos temer a otro que a nuestro Señor y Dios que está en los cielos”.

Saturnino: “Que sean encerrados en la cárcel y puestos en el cepo hasta mañana”. Al día siguiente, sentado Saturnino de nuevo en el tribunal, mandó que fueran traídos a su presencia. Cuando se hubieron presentado, dirigiéndose a las mujeres, las dijo: “Honrad a nuestro rey y sacrificad a los dioses”.

Respondióle Donata: “Al César le damos el honor debido al César; pero a Dios el honor y la oración”.

Levantándose Vestina, dijo: “Yo también soy cristiana”.

Lo mismo dijo Segunda: “Yo creo en mi Dios y quiero permanecer en él; a tus dioses ni los servimos ni los adoramos”.

Oyendo esto el procónsul mandó que se las retirara, y llamando a los hombres, dijo a Esperato: “¿Continúas siendo cristiano?”

Esperato: “Sí continúo, y oídlo todos, soy cristiano”. Al oírle todos los que estaban presos con él, corroboraron su confesión, diciendo: “También nosotros somos cristianos”.

Saturnino: “¿No queréis tiempo para deliberar?”

Esperato: “En causa tan justa no hay qué deliberar. Haz lo que deseas; nosotros morimos alegres por Cristo”.

Dijo el procónsul Saturnino: “¿Cuáles son los libros que más veneráis?”

Esperato: “Los cuatro Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo, las epístolas del apóstol San Pablo y todas las escrituras inspiradas por Dios”.

Saturnino: “Tres días os doy para deliberar”.

Esperato: “Soy cristiano, como todos los que me acompañan, y no renunciamos a la fe en Nuestro Señor Jesucristo. Haz lo que quieras”.

El procónsul, viendo su constancia de ánimo y su firmeza en la fe, dio contra ellos esta sentencia por medio del escribano: “Esperato, Narzal, Citino, Veturio, Félix, Acilino, Letancio, Genara, Generosa, Vestina, Donata y Segunda, que han confesado ser cristianos y han rehusado dar el honor y acatamiento debidos al emperador, ordeno sean decapitados”.

Cuando fue leída la sentencia en las tablillas, Esperato y todos los demás que estaban con él respondieron: “Damos gracias a Dios que se

digna recibirnos hoy como mártires en los cielos por haber confesado la fe en El". Dicho esto fueron llevados al lugar de la ejecución, y puestos de rodillas y dando de nuevo todos gracias a Dios, fueron decapitados.

Estos mártires de Cristo acabaron su martirio en el mes de julio el día 17, e interceden por nosotros ante Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dada toda gloria junto con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Las actas de los mártires escilitanos son el ejemplar más antiguo de la literatura cristiana latina. Se conservan de ellas numerosas copias con ligeras variantes que el P. Ruinart atribuye a los fieles que asistieron al proceso o a erratas al copiar las auténticas. El martirio de los escilitanos tuvo lugar en el imperio de Cómodo, pero obedeciendo órdenes aun no derogadas del emperador anterior Marco Aurelio. Son estas las primeras actas de mártires africanos que se nos conservan, aunque por testimonio de Tertuliano, trece días antes, es decir, el 4 de julio, sufrieron martirio numerosos cristianos de Madaura.

## **PASION DE LAS SANTAS PERPETUA Y FELICIDAD Y SUS COMPAÑEROS MARTIRES.**

**En Cartago, a 6 de marzo de 203**

**(J. Bollando, "Acta Sanctorum" 6 marzo t.I.)**

### **PROLOGO**

Si los antiguos ejemplos de fe son testimonio de la gracia de Dios y sirven de edificación para los hombres, y se escribieron para que, recordando los hechos con la lectura, el hombre fuera confortando, y el Señor honrado, ¿por qué no hemos de recoger los documentos recientes que sirven lo mismo para esos dos fines? Estas cosas también han de ser necesarias a los venideros, y si en su tiempo son tenidas en menos, es por un excesivo culto de la antigüedad. Pero consideren que en todo tiempo es la misma la virtud del Espíritu Santo, y más abundante aún en los últimos tiempos, conforme al desbordamiento de gracia que tendrá lugar al fin del mundo. Porque dice el Señor: "En los últimos días derramaré mi Espíritu sobre toda carne y profetizarán sus hijos e hijas, y enviaré mi Espíritu sobre mis siervos y mis siervas. Y los jóvenes tendrán visiones, y los ancianos, sueños". Así, pues, nosotros reconocemos y respetamos las visiones y profecías anunciadas, lo mismo que las demás manifestaciones del Espíritu Santo, como útiles para la Iglesia, a la que El es enviado, y reparte a todos sus dones conforme a la medida que el Señor ha señalado a cada uno. Por eso hemos hecho esta narración cuya lectura servirá para gloria de Dios, a fin de que la ignorancia o el desaliento no haga creer que sólo a los antiguos les asistió la gracia divina del martirio o de la revelación. Porque Dios cumple siempre su promesa, para que sirva a los infelices de testimonio y a los fieles de ayuda. En cuanto a nosotros hermanos e hijos nuestros, os anunciamos lo que vimos y palpamos, a fin de que vosotros que fuisteis testigos de estas cosas os acordéis de la gloria del Señor, y los que ahora os enteráis

por la narración que se os hace, entréis en comunión co los santos mártires y por mediación de ellos con Nuestro Señor Jesucristo, a quien se debe todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

### **Prisión de los mártires.**

Fueron apresados los catecúmenos Revocato y Felicidad, ambos esclavos, junto con el joven Secúndulo. También lo fue Vibia Perpetua, de familia noble, educada con esmero, y casada con uno de la nobleza. Vivían aún sus padres, dos hermanos, uno de ellos igualmente catecúmeno, y un niño de pecho. Ella contaba alrededor de veintidós años. Narró de su propia mano todo su martirio.

“Estando yo —dice ella— con los perseguidores, como mi padre guiado por el amor natural, se esforzase por desviarme de mi propósito y perderme, le dije: “Padre mío; ¿ves en el suelo ese vaso o jarro, o como se le quiera llamar?” Y le respondió: “Le veo”. Entonces yo le dije: “¿Acaso se le puede llamar de otro modo?”, y él me contestó: “No”. De la misma manera, yo no me puedo llamar otra cosa que “cristiana”. Mi padre, al oír mis palabras, fuera de sí, se arrojó sobre mí para sacarme los ojos, pero sólo me maltrató, y se retiró vencido con sus argumentos infernales. Con esto no volvió en algunos días, de lo que di gracias a Dios, porque su ausencia me fue un gran alivio. Precisamente en aquellos pocos días recibimos el bautismo, y a mí, estando dentro del agua, me inspiró el Espíritu Santo que no pidiera otra cosa que el poder resistir el amor paternal.

A los pocos días fuimos encarcelados, y mi espanto fue grande al verme en tales tinieblas que nunca había experimentado. ¡Oh día terrible! Hacinamiento de presos, calor era insoportable, los golpes de los soldados, y en mí a todo esto se añadía la preocupación por mi hijo. Tercio y Pomponio, carísimos diáconos, consiguieron con dinero que cada día fuéramos pasados durante algunas horas a un departamento más confortable de la cárcel. Salidos de ella, cada uno podía hacer lo que le pareciera. Yo amamantaba a mi hijo, ya casi muerto de hambre; preocupada por él, hablaba a mi madre, confortaba a mi hermano, y les recomendaba mi hijo. Me era gran tormento ver cómo sufrían por mí. Este martirio duró muchos días, hasta que conseguí que el niño quedara conmigo en la cárcel, entonces ya estuve tranquila, libre de la inquietud por el hijo: desde aquel momento la cárcel me pareció un palacio, y prefería estar en ella a cualquier otro lugar.

Por aquellos días me dijo mi hermano: “Señora hermana, ahora estás elevada a una gran dignidad, tanta que me atrevo a pedirte que ores a Dios para que te muestre si esto terminará con el martirio, o con la libertad”. Y yo que conocía mi trato con Dios, y había sido objeto de tantos favores, le respondí confiada: “Mañana te lo diré”. Y oré al Señor y me mostró lo que sigue: “Vi una escalera que llegaba hasta el cielo, larguísima y muy estrecha, tanto, que sólo uno podía subir por ella. En los brazos de la escalera estaban clavadas toda suerte de herramientas: espadas, lanzas, anzuelos y segures; de manera que el que subiera distraído y no mirando siempre arriba, se desgarraría las carnes entre tantos hierros. A los pies de la escala estaba echado un gran dragón, que acechaba a los que subían, y les ponía espanto.

El primero en subir fue Saturo, quien como no estaba con nosotros cuando fuimos apresados, se presentó después voluntario, por el amor que nos profesaba. Al llegar al extremo de la escalera se volvió hacia mi y me dijo: “Perpetua, te espero aquí, pero cuida que no te muerda el dragón”. Yo le contesté: “Confío en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que no me hará daño”. Y el dragón, como si me tuviera miedo, sacó la cabeza de debajo de la escalera, y yo pisándosela me serví de ella como de primer peldaño. Cuando llegué a la cima vi un inmenso prado, en medio del cual estaba sentado un venerable anciano, completamente cano y en traje de pastor, ocupado en ordeñar a sus ovejas. Alrededor de él había una gran muchedumbre vestida de blancos hábitos. Levantó la cabeza, me miró y dijo: “Has llegado con felicidad, hija”. Y llamándome me ofreció un trozo de queso<sup>4</sup> que yo recibí con ambas manos y lo comí; los circunstantes dijeron: Amén. Sus voces me despertaron, y al volver en mí, noté que aun tenía en la boca una cosa que no se explicaba. En seguida lo conté todo a mi hermano, y comprendimos que la hora del martirio se acercaba, perdiendo desde aquel momento toda esperanza de parte de los hombres.

## **Confesión de la fe**

A los pocos días corrió la voz de que íbamos a ser interrogados. Mi padre vino desde la ciudad (Tuburbio) completamente apenado, y fue donde yo estaba, para conseguir hacerme desistir de mi propósito; y me dijo: “Hija mia, compadécete de mis canas; apiádate de tu padre,

si es que merezco tal nombre. Ya que te he criado, y gracias a mis cuidados has llegado a esta flor de la juventud, y siempre te he preferido a tus hermanos, no me hagas ser la vergüenza de los hombres. Piensa en tus hermanos, en tu madre, en tu tía; piensa en tu hijo que no podrá vivir sin ti. Abandona tu propósito que sería para todos nosotros la perdición. Si tú eres condenada, nadie de nosotros osará presentarse en público”. Así me hablaba mi padre, y me besaba las manos, movido del gran amor que me tenía. Se echaba a mis pies, y con lágrimas en los ojos me llamaba no hija, sino señora. ¡Qué compasión me daba mi padre, que iba a ser el único de mi familia que no se había de alegrar de mi pasión! Yo le consolé diciendo: “En el tribunal sucederá lo que sea voluntad divina, porque más dependemos del poder de Dios que del nuestro propio”. Mi padre se retiró muy apenado.

Al cabo de algunos días, a la hora de la comida, fuimos llevados ante el tribunal, instalado en el foro. En seguida se corrió la noticia por los alrededores del foro y se juntó un gran gentío. Subimos al tablado y habiendo sido interrogados los demás todos confesaron la fe. Cuando llegó mi vez apareció mi padre con el niño en los brazos y me arrastró fuera de la escalinata, suplicándome tuviera compasión de mi hijo. El procurador Hilariano, que hacía las veces del procónsul difunto Minucio Timiniano, me dijo: “Apídate de las canas de tu padre y de la delicadeza del niño. Sacrifica por la salud de los emperadores”. Yo le respondí. “No sacrifico”.

Hilariano: “¿Eres cristiana?”

Respondí: “Lo soy”.

Y como mi padre se esforzara por hacerme cambiar de parecer, Hilariano mandó echarle de allí, y le hirió con una vara, lo cual me causó tanto dolor, como si me hubiera dado a mí; tanta compasión me daba la vejez de mi pobre padre. Luego se pronunció sentencia contra todos nosotros, condenándonos a las bestias, y volvimos a la cárcel muy contentos. Como mi hijo solía estar conmigo en la cárcel y tomar allí el pecho, encargué al diácono Pomponio que fuera por él a casa de mi padre; pero mi padre no se lo quiso entregar, y fue voluntad divina que desde aquel día el niño no se volviera a acordar del pecho, y esto no me causara a mi preocupación ni ardor alguno en los pechos.

A los pocos días, mientras estábamos en la oración, comencé a hablar y nombré a Dinócrates, lo que me causó admiración porque no me había acordado de él hasta entonces. Su desgracia me produjo

pena, y comprendí que era yo entonces digna y que debía interceder por él. Y comencé a pedir y suplicar con gemidos por él al Señor. La noche siguiente vi lo que sigue: Dinócrates salía de un lugar tenebroso, donde había muchos compartimentos muy oscuros. Venía sofocado y sediento, la cara sucia y el color pálido; en la cara tenía la herida con que había muerto.

Este Dinócrates era hermano carnal mío, que había muerto a los siete años de un cáncer tan horrible en la cara que daba asco a todo el mundo. Por él era por quien hice yo oración; entre los dos había un gran espacio que ni él ni yo podíamos franquear. Había en el lugar donde Dinócrates estaba un estanque lleno de agua, cuyas paredes eran más altas que la estatura del niño, y Dinócrates se estiraba como para beber. A mí me daba pena, porque el estanque tenía agua, pero por la altura de la pared no podía beber.

Cuando desperté comprendí que mi hermano estaba sufriendo, pero confiaba poder socorrerle y oré por él, hasta que fuimos llevados a la cárcel castrense <sup>5</sup> (porque debíamos combatir en los juegos que se daban para solemnizar el natalicio del César Geta). Todo el tiempo estuve pidiendo con lágrimas de felicidad por Dinócrates.

El día que estuvimos en el cepo vi lo siguiente: El lugar, el mismo que antes, y a Dinócrates muy limpio, muy bien vestido y alegre, y donde antes había tenido la llaga tenía una cicatriz; los bordes del estanque de que antes hablé habían descendido hasta la cintura del niño, quien continuamente sacaba agua. Sobre el borde del estanque había una jarra de oro llena de agua. Dinócrates se acercó a ella y bebió, y el agua de la jarra no disminuía; y luego de beber se puso a jugar alegremente como suelen los niños. En esto me desperté y comprendí que mi hermano ya no sufría <sup>6</sup>.

Poco días después, Pudente, soldado de guardia de la cárcel que nos estimaba, comprendió que el Señor nos favorecía con su gracia, y permitía que entraran muchos a visitarnos para que mutuamente nos consoláramos.

Ya estaba próximo el día de las fiestas, cuando mi padre se presentó en la cárcel, consumido por la tristeza, arrancándose la barba, echándose por tierra, maldiciendo sus días y diciendo tales cosas, capaces de conmover a toda criatura. ¡Qué compasión me daba su vejez!.

La víspera de nuestro combate tuve la siguiente visión: Me pareció ver venir a la cárcel al diácono Pomponio y que golpeaba fuertemente a la puerta; salí a su encuentro y abrí. Su traje era blanco,

cuajado de perlas de oro. El me dijo: “Perpetua, te esperamos, ven”; y tomándome la mano me llevó a lugares ásperos y desiguales. Así que llegamos jadeando al anfiteatro, me llevó al centro de la arena y me dijo: “No temas, estoy contigo y te acompañaré en el combate”, y se marchó. Vi un enorme gentío, que me miraba atónito; y como sabía que estaba condenada a las bestias, me maravillaba al no verlas por ninguna parte. Salió contra mí un egipcio de horrible aspecto, seguido de sus ayudas. A mí se acercaron mis auxiliares y partidarios, unos jóvenes hermosos, me desnudaron y me pareció transformarme en varón. Mis padrinos comenzaron a pintarme con aceite, como es costumbre entre los atletas, mientras tanto el egipcio se revolcaba en la arena. Y salió un hombre de una estatura extraordinaria, que sobrepasaba el techo del anfiteatro, vestido de una túnica de púrpura, sujeta al pecho con dos broches llenos de adornos de oro y plata; traía una vara de lanista y un ramo verde cuajado de manzanas de oro. Impuso silencio y dijo: “Si este egipcio vence a esta mujer, la matará; en cambio si es ella la vencedora, recibirá en premio este ramo”, y se retiró. Nos aproximamos, pues, el uno al otro y vinimos a las manos. El quería sujetarme por los pies, pero yo le golpeaba el rostro dándole patadas; de repente fui levantada por los aires, comencé a pisotearle como si pisoteara la tierra. Así que hallé un momento de descanso, junté las manos, crucé los dedos y cogiéndole por la cabeza cayó de bruces y se la aplasté.

El pueblo comenzó a aplaudir y mis padrinos a cantar. Yo me acerqué al lanista y recibí el ramo; el me besó y me dijo: “Hija, la paz sea contigo”, y yo me fui triunfante a la puerta Sanavivaria<sup>7</sup>. En esto desperté, y entendí que no había de luchar contra las fieras, sino contra el diablo, pero estaba segura de mi victoria.

Todo esto es lo que ocurrió hasta la víspera de los juegos; lo que después sucedió, escríbalo el que quiera.

### **Visión de Saturo.**

El bienaventurado Saturo tuvo también la visión siguiente, la cual él mismo escribió: Después que hubimos padecido el martirio y salimos de la carne, fuimos llevados por cuatro ángeles hacia Oriente, sin que nos tocaran con sus manos. Ibamos, no como nos solemos acostar de ordinario, sino ligeramente inclinados, cual los que suben una suave pendiente. Pasado el primer mundo, vimos una gran luz, y yo dije a

Perpetua, que estaba a mi lado: “Esto es lo que el Señor nos había prometido; se ha cumplido la promesa”. Mientras éramos llevados por los cuatro ángeles, se presentó a nuestra vista una gran extensión, a modo de inmenso vergel, lleno de rosales y toda especie de flores. Los árboles eran tan altos como cipreses, cuyas hojas caían sin cesar. Cuatro ángeles más resplandecientes aún que los que nos llevaban, había en aquel jardín, los cuales al vernos llegar nos hicieron reverencia y dijeron llenos de admiración a los otros ángeles: “Estos son, estos son”. Los ángeles que nos conducían, llenos de un temor respetuoso, nos dejaron en tierra, y anduvimos por una ancha vía, donde nos encontramos con Jocundo, Saturnino y Artaxio, que habían sido quemados en la misma persecución; también encontramos a Quinto, que había fallecido en la cárcel. Preguntamos a los mártires por los demás compañeros, pero los ángeles nos dijeron: “Primero venid, entrad y saludad al Señor”.

Y cerca de allí vimos un edificio cuyas paredes parecían construidas de rayos de luz. En el vestíbulo había en pie cuatro ángeles, que al entrar nos vistieron blancas túnicas. Pasamos adentro, y oímos una voz acordada que decía sin cesar: “Santo, Santo, Santo”. En el lugar aquel estaba sentado un venerable anciano de cabellos de nieve con rostro juvenil; sus pies no los vimos por tenerlos cubiertos. A su derecha e izquierda había cuatro ancianos y detrás estaban en pie otros muchos.

Entramos atónitos, nos presentamos ante el trono ayudados por cuatro ángeles, y besamos en el rostro al Señor mientras El nos acariciaba con su mano. Los ancianos nos mandaron poner de pie, y así lo hicimos, y a todos les dimos el ósculo de paz. Luego nos dijeron: “Id y divertíos”. Yo dije a Perpetua: “Tienes lo que anhelabas”. Y me contestó: “Gracias a Dios; cuando vivía en la carne estaba alegre, pero ahora lo estoy más aún”.

Salimos, y a la puerta encontramos al obispo Optato a la derecha, y al presbítero y doctor Aspasio a la izquierda, separados y tristes. Se echaron a nuestros pies y nos dijeron: “Poned paz entre nosotros, porque vosotros os marchasteis y a nosotros nos dejasteis en este estado”. Nosotros les dijimos: “¿Acaso no eres tú nuestro obispo y tú nuestro prebistero? ¿Cómo es que os postráis a nuestros pies?” Nos conmovimos y los abrazamos, y Perpetua comenzó a hablar con ellos; nos retiramos un poco con ellos a un jardincillo y nos colocamos bajo un rosal. Estábamos conversando con ellos, cuando unos ángeles se

acercaron diciendo: “Dejadlos que se solacen, y si tenéis entre vosotros algunas disensiones, perdonaos mutuamente”; y los apartaron al uno del otro.

A Optato le dijeron: “Corrige a tu pueblo, porque tus asambleas se parecen a las salidas del circo donde disputan las diversas facciones”. Y nos pareció como que querían cerrar las puertas. Allí reconocimos a muchos hermanos, pero todos mártires; un perfume inexplicable nos alimentaba y saciaba, el cual nos servía de alimento”. Al llegar a esto me desperté muy gozoso.

## **Muere Secúndulo en la cárcel. Parto de Santa Felicidad.**

Estas son las maravillosas visiones de Saturo y Perpetua, tal como ellos las escribieron.

A Secúndulo le llamó Dios para sí estando aún en la cárcel. Este fue un favor con que quiso dispensarle de luchar con las fieras; favor que, aunque sensible para el alma deseosa del martirio, agradeció el cuerpo <sup>8</sup>.

En cuanto a Felicidad, también halló gracia ante el Señor. Cuando fue arrestada se hallaba en el octavo mes de embarazo (porque fue apresada estando encinta). A medida que se acercaba el día de los juegos, aumentaba en ella la tristeza, por razón de que acaso por hallarse en aquel estado fuese aplazado su martirio; porque la ley prohíbe la ejecución de una mujer encinta. Aumentaba su temor el pensar que más tarde podía mezclarse su sangre inocente con la de algún malvado y criminal. Los demás compañeros de cárcel tenían el mismo temor, y se entristecían al pensar que tan buena compañera iba a quedar sola en el camino de la esperanza. Tres días antes de los juegos, se unieron todos en un mismo deseo y lo encomendaron al Señor. Terminada la oración, los dolores del parto se hicieron sentir, y como sólo se hallaba en el octavo mes los dolores eran más agudos. Y como ella gimiese, los carceleros le dijeron: “Si ahora te quejas, ¿qué harás cuando seas arrojada a las fieras, de las que te burlas, al no querer sacrificar?” “Ahora soy yo la que sufro, respondió ella; pero entonces otro estará en mí que padecerá por mí porque yo padeceré por él”. Felicidad dio a luz una hija, que educó y crió una cristiana.

Puesto que el Espíritu Santo ha permitido, y permitiéndolo ha

manifestado su voluntad, de que fuera escrita la narración del combate, aunque indigno personalmente de tanta gloria, sin embargo de eso, cumpliendo los deseos de la muy venerada Perpetua (porque no hago más que ejecutar su voluntad), haré la continuación de su narración, dando a conocer su constancia y fortaleza de ánimo.

Como el tribuno tratase con dureza a los encarcelados, a causa de las habladurías de algunos insensatos, que decían poder ser librados de la cárcel por medio de encantamientos, y artes mágicas, Perpetua se encaró con él y le dijo: “¿Por qué no concedes algún alivio a presos tan distinguidos que son propiedad del César y han de luchar en las fiestas de su natalicio? ¿O es que no redunda en honor y gloria tuya el que nos presentes rollizos al César?” Temió el tribuno y se ruborizó, y desde aquel día les concedió cierta libertad, de manera que pudieron ser visitados por sus correligionarios y familiares, aunque él pensaba que no debían salir de la cárcel.

La víspera de los juegos, al celebrar la cena llamada de la libertad, los mártires, en cuanto de ellos dependió, la convirtieron en ágape. Durante ella, con su inquebrantable constancia, dirigieron algunas palabras a la multitud, conminándola con el juicio divino, afirmando la felicidad del martirio. Saturo, reprendiendo la curiosidad de los asistentes, dijo: “¿No os basta el día de mañana para mirar a vuestro gusto a aquellos a quienes odiáis? Hoy, amigos; mañana, enemigos: fijaos bien en nuestras caras, para que nos reconozcáis el último día”. Los paganos se retiraron confusos, y muchos de ellos creyeron.

## **Martirio**

Por fin amaneció el día del triunfo, y entraron en el anfiteatro con las caras tan alegres como si entraran en el cielo; emocionados ciertamente; pero de gozo, no de miedo.

Perpetua seguía a sus compañeros con paso grave, como corresponde a una matrona de Cristo, amada de Dios. Los ojos bajos, para ocultar su brillo a los espectadores.

Por su parte, Felicidad iba alegre de su alumbramiento, y de poder luchar con las fieras, hasta derramar su sangre, de las manos de la partera a las del reciarío.

Llegados a la entrada del anfiteatro, quisieron vestir a los hombres el hábito de los sacerdotes de Saturno, y a las mujeres, el de las

sacerdotisas de Ceres. Todos rehusaron con generosa intrepidez, diciendo: “Hemos venido voluntariamente aquí por conservar nuestra libertad, y por eso damos nuestras vidas; este es el único contrato que tenemos con vosotros”. La injusticia reconoció a la justicia, y el tribuno permitió que entrasen con sus propios hábitos.

Perpetua cantaba, viéndose ya pisoteando la cabeza del egipcio. Revocato, Saturnino y Saturo conminaban al pueblo, y cuando llegaron enfrente de Hilario, le dijeron: “Tú nos juzgas, pero a ti te juzgará Dios”. Oyendo esto el pueblo, pidió que nos azotasen los domadores. Los mártires se alegraron de poder de ese modo participar de la Pasión del Señor.

Aquel que había dicho: “Pedid y recibiréis”, concedió a cada uno el género de muerte que había deseado. Cuando los mártires hablaban entre sí, del género de martirio que cada cual deseaba, Saturnino era partidario de que le arrojaran a toda clase de fieras, para acrecentar así la corona.

En cuanto comenzó el espectáculo, contra Revocato, se soltó un leopardo; también le hirió en el estrado un oso. Saturo a nada tenía tanto horror como al oso, y así, deseaba ser devorado por un leopardo. Al querer echar contra él un jabalí, éste, arremetió contra el guarda, quien murió a los pocos días de la herida recibida. Saturo fue arrastrado por un leopardo, y al ser expuesto a un oso, éste no quiso salir de la cueva, y así quedó ileso por segunda vez.

Para luchar contra las mujeres había sido dispuesta una vaca bravía, como para insultar a su sexo; sin duda que el diablo había inspirado tal idea, porque semejante animal jamás se usó en los juegos. Fueron despojadas de sus vestidos, y metidas en una red, y así se las expuso. Horrorizóse el pueblo al ver a la una tan joven y tan delicada, y a la otra, que acaba de dar a luz, con los pechos aun destilando. Se las hizo volver a ponerse sus respectivas vestiduras. La primera en ser expuesta fue Perpetua, que, lanzada por los aires, cayó de espaldas; al incorporarse y ver su túnica rasgada de arriba abajo, se la aplicó al cuerpo, más preocupada del pudor que del dolor. Llamada por encargados del anfiteatro, se recogió el cabello con unas fíbula, porque no era digno de una mártir ir con los cabellos descompuestos, para que no se creyera que lloraba en su propio triunfo. Se levantó, y al ver a Felicidad en el suelo la dio una mano y la ayudó a incorporarse. El pueblo, compadecido, pidió que se las llevara a la puerta Sanavivaria. Allí, a Perpetua la recibió un catecúmeno, por nombre Rústico, que siempre la había profesado mucho afecto. Pareció despertar de un

profundo sueño —tan abstraído había estado su espíritu en éxtasis—, mirando en su derredor, dijo, con admiración de todos los presentes: “¿Cuándo vamos a ser expuestas a la vaca”? Y como la dijeren que ya lo habían sido, no lo podía creer, hasta que reconoció en sí en sus vestiduras las huellas de la lucha. En seguida, mandando llamar a su hermano y a Rústico, le dijo: “Estad firmes en la fe; amaos unos a otros y no os escandalicéis de nuestros tormentos”. Entre tanto Saturo había sido conducido a otra puerta, y decía al soldado (Pudente): “Al fin, como yo había predicho, ninguna fiera me ha dañado; así, pues, apresúrate a creer, porque has de saber que en seguida voy a ser expuesto a un leopardo que de una dentellada me quitará la vida”. Luego, para dar fin a los juegos, se arrojó contra él un leopardo, y de un solo mordisco quedó bañado en sangre. “Ya se ha lavado, ya está salvado”, dijo el pueblo —aludiendo al bautismo—. Realmente salvo estaba el que de aquel modo se había bautizado. Luego dijo a Pudente: “Acuérdate de mi fe, y que lo que acabas de ver no te entristezca, sino más bien te corrobore en ella”. Al mismo tiempo le pedía su anillo, y empapándole en la sangre de su herida, se le devolvió, dejándosele como herencia y como recuerdo de su muerte. Desde allí, ya desvanecido, fue llevado a donde los demás mártires estaban para ser estrangulado. El pueblo pidió que fueran sacados al medio del anfiteatro, para gozar del espectáculo de ver penetrar con sus ojos cómplices del homicidio la espada en el cuerpo de los mártires. Estos, espontáneamente, se levantaron para dar gusto al pueblo, y se besaron unos a otros para acabar en paz su martirio. Luego, inmóviles y en silencio, recibieron en sus cuerpos la espada. Saturo, que iba a la cabeza, fue el primero en morir. A Perpetua aún la esperaba un nuevo tormento, porque habiendo caído en manos de un gladiador bisoño, éste la hirió varias veces entre las vértebras, lo que la arrancó gritos de dolor, hasta que ella misma dirigió la espada a su garganta. Parecía que esta mujer fuerte no podía morir más que por su propia voluntad, porque el espíritu inmundo la temía.

---

Esta narración del martirio de Santa Perpetua y sus compañeros es un ejemplar de los más acabados de la literatura cristiana. Ha habido autores que la han atribuido a Tertuliano; sea como quiera, estas Actas no dejan lugar a duda. Son una especie de autobiografía, cuya parte más extensa se presenta como escrita por la misma Santa Perpetua; una pequeña parte como obra del mártir Saturo, y el final, por un testigo desconocido. El prólogo y la conclusión son de otro redactor, que parece algo imbuido de la doctrina montanista.

## ACTAS DEL PROCESO DE SAN ACACIO, OBISPO Y MARTIR

**Año 250**

Siempre que recordamos los hechos gloriosos de los siervos de Dios, damos gracias a Aquel que protege al paciente en el tormento y al vencedor le corona en la gloria.

Marciano, consular, nombrado prefecto por el emperador Decio, y enemigo de la ley cristiana, mandó que le fuera presentado Acacio, de quien había oído decir que era el refugio y escudo de los cristianos de aquella región de Antioquía. Introducido a la presencia de Acacio, éste le dijo: “Debes amar a nuestros príncipes, puesto que vives bajo las leyes de Roma”.

Acacio respondió: “¿Quién tiene más respeto y amor al emperador que los cristianos? Continuamente hacemos oración por él, pidiendo largos días de vida, justicia en el gobierno de los pueblos y un reinado pacífico. También oramos por los ejércitos y por la conservación de todo el orbe”.

– Te felicito; pero para que el emperador reconozca mejor tu veneración para con él, ofrécele un sacrificio en nuestra compañía.

– Yo pido a mi Señor, que es verdadero y grande, por la salud del rey; pero en cuanto al sacrificio, ni él nos le puede exigir ni nosotros ofrecérsele. ¿Quién sacrificará en honor de un hombre?

– Respóndeme: ¿a que Dios adoras tú, para que nosotros también le podamos adorar?

– Deseo que conozcas a mi Dios, que es el verdadero.

– Dime su nombre.

– El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

– ¿Esos son los nombres de tus dioses?

– No son dioses, sino el que les habló a ellos; ese es el Dios verdadero, a quien hemos de temer.

– ¿Qué Dios es ese?  
– Adenaí, el Altísimo, que se sienta sobre los Querubines y Serafines.

– ¿Qué son esos Serafines?  
– Los ministros de Dios altísimo, que asisten a su trono.  
– ¿Qué filosofía vana te ha engañado? Deja las cosas invisibles y reconoce a los dioses verdaderos que ves.

– ¿Cuáles son los dioses a quienes me mandas sacrificar?  
– Apolo, nuestro defensor, que ahuyenta de nosotros la peste y el hambre, por el cual el mundo es regido y conservado.

– Ah, sí; ¿el que decía que fue asesinado?, aquel desgraciado que corría loco de amor por una doncella, ignorando que había de perder la presa suspirada. Es evidente, que ni fue divino el que esto ignoraba, ni dios aquel a quien una joven engañó. Ni fue esta su única desgracia; la fortuna le condenó en seguida a otra mayor aun. Porque como estaba poseído de un amor torpe hacia los niños, obcecado por la hermosura de Jacinto, se enamoró de él, como todos sabéis; y desgraciado e ignorante del futuro, mató con un disco a aquel a quien deseaba ver. Me nadas sacrificar a ese que fue albañil junto con Neptuno <sup>9</sup>, y que guardó ganados ajenos <sup>10</sup>. O ¿prefieres que sacrifique a Esculapio, que fue muerto por un rayo, o a la adúltera Venus, o a todos los demás monstruos? O ¿crees que por miedo de perder esta vida he de sacrificar a esos, a quienes no me digno imitar, a quienes desprecio, condeno y aborrezco, cuya vida, si alguno hoy quisiera imitar, no podría verse libre del severo castigo de vuestras leyes? Y ahora, ¿adoráis en unos lo que condenáis en otros?

– Es costumbre entre los cristianos inventar calumnias contra nuestros dioses. Por tanto, te mando que vengas conmigo al templo de Júpiter y de Juno, para que, celebrando juntos un convite, demos el honor debido a los dioses.

– ¿Cómo voy a sacrificar aquí en honor de ese cuyo sepulcro todos sabemos que está en Creta? ¿Acaso resucitó de entre los muertos?

– O sacrificas, o mueres –dijo Marciano–.

– Así dicen los dálmatas, maestros en el arte de robar, los cuales, apostados en los caminos angostos y escondidos, andan a caza de los transeúntes. En cuanto aparece un viajero le pone este dilema: o entregar la bolsa o la vida. Nadie pregunta allí por la razón, sino que considera las fuerzas del agresor. Así obras tú ahora al mandarme una

cosa injusta y amenazarme con la muerte. Nada me asusta, nada temo. El derecho común castiga al libertino, al adúltero, al ladrón, al sodomita, al malhechor y al homicida. Si soy reo de algo de esto, yo mismo me condeno antes de que tú lo hagas. Pero si soy condenado por adorar al Dios verdadero, no lo soy por voluntad de la ley, sino del juez. El profeta clama sin cesar: “No hay quién obre el bien; todos se han pervertido y hecho inútiles”. Por eso no te quedarás libre porque está escrito: “Según juzgas, serás juzgado, y como obras así obrarán contigo”.

– No me han mandado juzgar, sino obligar a sacrificar; así que si desprecias el obedecer, puedes estar seguro del castigo.

– A mí se me ha mandado no negar nunca a mi Dios. Si tú obedeces a un hombre frágil y de carne, que pronto ha de abandonar este mundo, y que sabes ha de ser pasto de gusanos, ¿con cuánta mayor razón he de obedecer yo al Dios potentísimo, cuyo poder dura para siempre? El dijo: “Al que me negare delante de los hombres, le negaré también yo delante de mi Padre, que está en los cielos, cuando venga a juzgar a los vivos y a los muertos con la gloria y poder que os he anunciado.

– Lo que siempre he anhelado saber has confesado ahora; el error de vuestra ley y creencia. Según dices, ¿Dios tiene un hijo?

– Sí.

– ¿Quién es el Hijo de Dios?

– El Verbo de gracia y de verdad.

– ¿Ese es su nombre?

– No me habías preguntado por el nombre, sino por el poder del Hijo.

– Dime su nombre.

– Se llama Jesucristo.

– ¿De qué mujer fue concebido?

– Dios no engendró a su Hijo al modo humano; pero El hizo con su diestra a Adán el primer hombre. No quiera Dios que tú atribuyas a la majestad divina relaciones con alguna mujer mortal. Los miembros del primer hombre los formó de barro, y cuando hubo terminado le infundió el alma. Así procedió el Hijo de Dios, el Verbo de la verdad del corazón de Dios. Por esto está escrito: “Mi corazón ha producido el Verbo que es la bondad”.

– Luego Dios es material.

– El solo lo sabe; nosotros no conocemos la forma invisible, sino que veneramos su poder y virtud.

– Si no tiene cuerpo no tendrá corazón, porque los sentidos no se manifiestan sin miembros.

– El conocimiento no procede de los miembros, sino que lo da Dios. ¿Qué relación hay entre el cuerpo y el sentido?

– Mira a los catafrigas, hombres de religión antigua, que la abandonaron y se convirtieron a mis dioses y los ofrecen sacrificios. Apresúrate a imitarlos. Reúne a todos los cristianos de la ley católica <sup>11</sup> y abraza la religión de nuestro emperador. Trae contigo a todo el pueblo que está bajo tus órdenes.

– No se rigen por mi voluntad, sino por los mandamientos de Dios. Me atenderán si los mando cosas justas; pero si les ordeno cosas malas y nocivas me despreciarán.

– Dame los nombres de todos ellos.

– Sus nombres están escritos en las páginas divinas del libro del cielo? ¿Cómo ha de ver ojos mortales lo que el poder de Dios inmortal e invisible escribió?

– ¿Dónde están los otros magos compañeros de tu arte, y los maestros de esta artificiosa falacia?

– Nosotros todo lo recibimos de Dios, y aborrecemos toda secta de arte mágica.

– Por eso sois magos, porque habéis introducido no sé que nuevo modo de religión.

– Destruimos los dioses que vosotros habéis fabricado, y a los que tanto miedo tenéis. El día que la piedra no encuentre un artista, o el artista le falte la piedra, os quedaréis sin dioses. Nosotros tenemos no a aquel a quien nosotros hemos fabricado, sino a aquel que nos ha hecho a nosotros, que nos creó como Señor, nos amó como padre y como buen abogado nos libró de la muerte eterna.

– Dame los nombres o eres condenado.

– ¿Estoy ante tu tribunal y me preguntas el nombre? O ¿piensas vencer a todos juntos cuando yo solo te venzo? Si tienes interés por los nombres, me llaman Acacio, y si quieres mi nombre propio, Agatángelo; mis compañeros, Pisón, obispo de Troya, y Menandro, presbítero. Ahora haz lo que te plazca.

– Serás encerrado en la cárcel hasta que el emperador sea informado de los actos y determine lo que se ha de hacer de ti.

El emperador Decio leyó el proceso, y admirando las respuestas de la disputa, se rió, y luego dio a Marciano la prefectura de Panfilia. En cuanto a Acacio, admirado de su constancia, le tuvo en gran estima y le dio libertad.

Todo esto tuvo lugar en el consulado de Marciano, siendo emperador Decio, el día cuarto de las calendas de abril (29 de marzo).

---

San Acacio, fue probablemente, obispo de Antioquía de Pisidia, colonia romana. La lengua original de este proceso debió ser el griego, pero sólo se ha conservado en traducción, que, por lo demás, presente sólidas garantías de autenticidad. Es notable este proceso porque termina con una gracia imperial: la absolución del mártir.

## ACTAS PROCONSULARES DE SAN CIPRIANO, OBISPO DE CARTAGO Y MARTIR

Siendo el emperador Valeriano cónsul por cuarta vez y Galieno por tercera, el 3 de las calendas de septiembre (30 de agosto), en la sala de audiencia, dijo el procónsul Paterno al obispo Cipriano: “Los sacratísimos emperadores Valeriano y Galieno se han dignado escribirme diciendo que todos aquellos que no observan la religión romana, deben al menos reconocer sus ceremonias; este es el motivo por que te he mandado llamar; ¿qué es lo que tienes que decir?”

Cipriano: “Soy cristiano y obispo; no conozco otros dioses que al solo Dios verdadero, que hizo el cielo y la tierra y todo cuanto hay en ellos. Este es el Dios a quien adoramos los cristianos: a El hacemos oración noche y día, por nuestras necesidades y por las de todo el mundo, incluso por la salud de los emperadores”.

– ¿Continúas en tu propósito?

– Cuando la voluntad es buena, y Dios es el que la dirige, no puede mudarse.

– ¿Estás entonces dispuesto a ir desterrado a Curuba, como lo ordenan los emperadores?

– Lo estoy.

– No sólo se han dignado escribirme sobre los obispos, sino también sobre los presbíteros. Por tanto, quiero que me des relación de los que viven en la ciudad.

– Vuestras leyes, con muy buen acuerdo, prohíben ser delatores. Por lo mismo no puedo descubríos sus domicilios. Los encontrarás donde estén.

– Hoy es en esta ciudad donde los busco.

– Nuestra disciplina nos prohíbe presentarnos a los jueces, además de que tampoco es ese tu deseo; así, pues, búscalos y los hallarás.

– Sí, los encontraré. Además, los emperadores han prohibido las reuniones secretas y entrar en los cementerios. El que viole estas órdenes será condenado a pena capital.

– Cumple, pues, con la orden que has recibido.

Entonces el procónsul Paterno mandó desterrado a Cipriano.

Durante el largo tiempo que duró el destierro, sucedió al procónsul Aspasio Paterno, Galerio Máximo, quien mandando volver al obispo Cipriano de su destierro, le citó ante su tribunal. Cipriano, el santo mártir elegido por Dios, vino, pues, de su destierro de Curuba adonde le había mandado Aspasio Paterno, y conforme a las órdenes que se la habían dado, vivía en sus posesiones, esperando que de un día para otro se presentaran los soldados para prenderle, como le había sido revelado en sueños.

Allí estaba, cuando de improviso, el día de los idus de septiembre (día 13), siendo cónsules Tusco y Basco, se presentaron para prenderle dos oficiales <sup>12</sup>, de Galerio Máximo, sucesor de Aspasio Paterno, Hiciéronle subir a un carro, le colocaron en medio y le condujeron a Sexti, donde se hallaba el procónsul restableciendo su salud. Dejó para otro día el proceso contra Cipriano, quien, entre tanto, vivió en la casa del primer caballerizo del procónsul, sita en el barrio de Saturno, entre las calles de Venus y Salutaria. Acudieron a él gran número de fieles, viendo lo cual el Santo ordenó que se retiraran los jóvenes, porque no habiendo lugar dentro tenían que quedarse ante la puerta de la casa.

Al día siguiente, 18 de las calendas de octubre, acudió una gran multitud a Sexti, al conocer las órdenes del procónsul Galerio Máximo. Aquel día, pues, sentado el procónsul en el tribunal, mandó que le fuera presentado Cipriano. Habiendo éste comparecido, le preguntó:

– ¿Eres tú Tascio Cipriano?

– Lo soy.

– ¿Eres tú el papa (obispo) de esa gente sacrílega?

– Sí, yo soy.

– Los sacratísimos emperadores te mandan sacrificar.

– No lo hago.

– Piénsalo bien.

– Haz lo que se te ha mandado; en cosa tan justa no hay que deliberar.

Galerio Máximo, consultando antes con su Consejo, pronunció la sentencia con estas palabras: “Mucho tiempo hace que vives como sacrílego y han conquistado a muchos para tu nefanda conspiración; te has declarado enemigo de los dioses de Roma y de sus sagradas

leyes, y los piadosos y sagrados emperadores Valerio y Galieno, y el muy noble César Valeriano no han podido atraerte a la observancia de sus ritos. Por tanto, como eres autor de horrendos crímenes y portaestandarte de tu secta, vas a servir de escarmiento a todos tus secuaces; con tu sangre serán vengadas las leyes.

Dicho esto, tomó las tablillas, y leyó la sentencia: “Vengo en decretar que Tascio Cipriano sea degollado”.

“Gracias a Dios”, dijo Cipriano.

Cuando los fieles oyeron la sentencia, exclamaron: “Nosotros queremos también ser degollados con él”; por lo cual se levantó un gran tumulto, siguiendo todos al Santo hasta el lugar del suplicio.

Cuando llegó Cipriano al llano de Sexti, donde iba a ser ajusticiado, se despojó de su manto, y puesto de rodillas hizo oración a Dios. Luego, desnudándose también su dalmática, se la entregó a los diáconos, y él se quedó sólo con la túnica de lino, esperando que viniera el verdugo. Cuando llegó, mandó a los fieles que le entregaran veinticinco monedas de oro. Los fieles tendieron lienzos alrededor del Santo mártir. El mismo se vendó los ojos, y como no pudiese atarse las manos, le ayudaron el presbítero Julián y su subdiácono del mismo nombre. De esta manera recibió el martirio el bienaventurado Cipriano, siendo sepultado allí cerca para evitar la curiosidad de los gentiles. Por la noche le retiraron de aquel lugar, y le llevaron con gran acompañamiento de fieles, con hachas encendidas en las manos, a una posesión del procurador Macrobio Candidiano, situada junto al camino, de Mapala, cerca de las piscinas.

Unos días más tarde moría Galerio Máximo.

El glorioso mártir Cipriano padeció el martirio el día 18 de las calendas de octubre, siendo emperador Valeriano y Galieno, reinando Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amén.

---

Las Actas del proceso verbal de San Cipriano son de un valor inestimable y no dejan lugar a duda sobre su autenticidad. El emperador Valeriano publicó un edicto el año 257 en que se condenaba a la Iglesia como asociación ilícita, conminando severas penas para aquellos que intentaran reorganizarlas. Este primer edicto no parece fuera muy riguroso, puesto que a San Cipriano, que se negó a sacrificar a los ídolos, sólo se le condenó al destierro en Curuba. Un segundo edicto de 258 imponía pena capital a todos los obispos, sacerdotes y diáconos que rehusasen abjurar. San Cipriano, pues, fue condenado como sacrílego, conspirador y fautor de una asociación ilícita.

## ACTAS DE LOS SANTOS MARTIRES FRUCTUOSO, OBISPO Y AUGURIO Y EULOGIO, DIACONOS.

Tarragona, 21 de enero de 259

(Florez, "España Sagrada". t. XXX).

En tiempo de los emperadores Valerio y Galieno, siendo cónsules Emiliano y Baso, fueron detenidos el día 17 de las calendas de febrero (15 de enero), domingo, el obispo Fructuoso y los diáconos Augurio y Eulogio. Estando Fructuoso en su habitación llegaron los soldados, que se llamaban Aurelio, Festicio, Elio, Polencio, Donato y Máximo. Habiendo oído sus pasos el obispo, se levantó y salió a su encuentro, desatadas las sandalias.

Los soldados le dijeron: "Ven, el presidente te llama a ti y a tus diáconos".

El obispo Fructuoso les dijo: "Vamos, y si lo permitís me calzaré". Los soldados contestaron: "Haz como te parezca". En seguida fueron llevados a la cárcel.

Fructuoso, cierto y seguro como estaba de la corona del Señor, a la que se sentía llamado, oraba sin descanso. Toda la comunidad le venía a visitar, trayéndole de comer y encomendándose a sus oraciones.

Uno de los días siguientes bautizó en la cárcel a un hermano nuestro nombrado Rogaciano.

En la cárcel estuvieron seis días, saliendo de ella para ser oídos el viernes doce de las calendas de febrero.

El gobernador Emiliano dijo: "Que sean introducidos el obispo Fructuoso, Augurio y Eulogio".

Se contestó según costumbre: "Están presentes".

El gobernador Emiliano dijo a Fructuoso: "¿Has oído las órdenes de los emperadores?"

"No; pero soy cristiano".

Añadió el gobernador: “Han mandado adorar los dioses”.

Respondió Frutuoso: “Yo adoro a un solo Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que contiene”.

Dijo Emiliano: “¿No sabes que hay dioses?”

Frutuoso obispo contestó: “No lo sé”.

“Lo aprenderás”, dijo Emiliano.

El obispo Frutuoso elevó los ojos al cielo y oró.

Emiliano: “¿Quién será oído, temido u honrado, si se niega el culto a los dioses y la adoración a las estatuas de los emperadores!”

Emiliano dijo al diácono Augurio: “No atiendas a lo que dice el obispo”.

Repuso el diácono Augurio: “Yo adoro a Dios omnipotente”.

Entonces dijo el gobernador a Eulogio: “¿También tú adoras a Frutuoso?”

Respondió Eulogio: “Yo no adoro a Frutuoso, sino que adoro a Aquel a quien Frutuoso adora”.

Dirigiéndose a Frutuoso dijo Emiliano: “¿Eres obispo?”

Frutuoso: “Lo soy”.

Dijo Emiliano: “Lo fuiste”. Y los condenó a arder vivos.

Al ser conducidos el obispo Frutuoso con sus diáconos al anfiteatro, todo el pueblo le compadecía, porque era muy amado no sólo por los cristianos, sino aun por los paganos. Era el modelo acabado del obispo, cuyo ejemplar, por inspiración del Espíritu Santo, había trazado San Pablo, vaso de elección y maestro de los gentiles. Los hermanos que sabían la inmensa gloria que le esperaba, más que se dolían se regocijaban. Muchos de ellos ofrecieron a los mártires una copa de vino aromático. “Aun no ha llegado la hora de romper el ayuno”, dijo Frutuoso. Eran las diez de la mañana. Los mártires habían celebrado con solemnidad la estación del miércoles, y con gran alegría y confianza se adelantaban a darle fin el viernes, junto con los mártires y profetas, en el Paraíso dispuesto por Dios para sus amadores.

Cuando llegaban al anfiteatro se acercó a Frutuoso su lector Angustal, suplicándole con lágrimas le permitiera descalzarle. “Yo me descalzaré, hijo mío”, dijo el mártir, tranquilo y seguro de la promesa divina. Y en haciéndolo se le acercó nuestro compañero y hermano Félix, y cogiéndole la mano derecha le pedía se acordara de él. San Frutuoso, con voz clara que todos oyeron, le contestó: “Es mi deber acordarme de toda la Iglesia católica extendida de Oriente hasta Occidente.”

Llegados a la puerta del anfiteatro, ya próximo más de la corona inmarcesible que de la pena, en presencia de los hermanos, y bajo la atenta mirada de los soldados ya arriba nombrados, pronunció Fructuoso bajo la inspiración del Espíritu Santo, y de modo que todos los hermanos pudieran oírle, las siguientes palabras: “No os quedaréis sin pastor; la bondad y la promesa del Señor no os defraudarán, ni ahora ni nunca. Esto que ahora veis es miseria de una hora”.

Habiendo confortado a los hermanos, los mártires se adelantaron al lugar donde había de comenzar su bienaventuranza, graves y en el mismo martirio felices, seguros de obtener el premio prometido en las Santas Escrituras. Semejantes a Ananías, Azarias y Misael, recordaban la Santísima Trinidad. En medio de las llamas de este mundo el Padre no los abandonó, el Hijo los confortó y el Espíritu Santo estuvo a su lado.

Cuando las cuerdas con que tenían atadas las manos se quemaron, ya libres, se arrodillaron, y en la postura ordinaria de la oración, y puestos en cruz, gozosos y seguros de la resurrección, oraron hasta que entregaron sus almas.

No faltaron los prodigios divinos, porque Babilas y Migdonio, hermanos nuestros y de la familia del gobernador Emiliano, lo mismo que la hija de éste, vieron a San Fructuoso obispo, con sus dos diáconos, entrar coronados en los cielos, mientras aun permanecían sus cuerpos atados a los postes. Y habiendo llamado a Emiliano diciendo: “Ven, y verás cómo entran en el cielo aquellos a quienes hoy has condenado”, acudió él, pero no mereció gozar de su vista.

Los hermanos, tristes, como abandonados y sin pastor, estaban preocupados, no porque llorasen a Fructuoso, sino porque le echaban de menos, acordándose todos de su fe y su martirio. Llegada la noche se fueron al anfiteatro llevando vino para extinguir los cuerpos calcinados; y habiéndolo ejecutado así, se repartieron las cenizas de los mártires. Ni entonces faltaron los prodigios del Señor, para que se aumentara la fe de los fieles y para ejemplo de los débiles. Convenía que Fructuoso comprobase en su pasión, y con la resurrección de su carne, lo que viviendo había prometido por la misericordia de Dios. Así, pues, después del martirio se apareció a los hermanos, mandándoles restituir sin demora lo que cada uno por devoción suya había guardado de sus cenizas y procurasen juntarlo todo en un mismo lugar.

Además se apareció Fructuoso con sus diáconos, vestidos todos de gloria, al gobernador Emiliano, que los había condenado, echándo-

le en cara la inutilidad de lo que había hecho, porque aquellos que veía con tanta gloria eran los mismos que él creía enterrados.

Oh, santos mártires, que fueron probados por el fuego como el oro puro, vestidos de la coraza de la fe y el yelmo de la salvación, coronados por diadema y corona inmarcesible, por haber aplastado la cabeza del dragón.

Oh, mártires bienaventurados, que merecieron un puesto en la gloria a la derecha de Cristo, donde bendicen al Padre omnipotente y a Jesús su Hijo. Dios recibió en paz a sus mártires por su fiel confesión. Gloria y honor a El por los siglos de los siglos. Amén.

---

Nota.: Estas Actas, que presentan todos los caracteres de autenticidad, las ha conservado la Iglesia española con gran veneración, multiplicando los manuscritos, que Tarragona guarda como su más preciado tesoro. Ultimamente las ha estudiado con detención y cariño el señor J. Serra Vilaró: "*Frcutuós, Auguri i Eulogi, Mártirs Sants de Tarragona*". Tarragona, 1936.

Las Actas de San Fructuoso y sus compañeros son con seguridad anteriores al siglo IV, porque se hallan reproducidas en un himno de Prudencio, que da un calco muy exacto a la vez que muy poético (Peristephanon, VI), y la iglesia de Africa, las leía públicamente en tiempo de San Agustín, que las cita en dos sermones (Serm. 213,2 y 273,3). Nada se opone a juzgarlas contemporáneas de los hechos que narran. Todo en ellas respira perfume de antigüedad. La sencillez y gravedad del lenguaje, algunas expresiones, como *fraternitas*, para indicar la asamblea de los cristianos: *in mente habere*, por "acordarse", denotan el siglo tercero antes que cualquiera otro. Se cree uno transportado al tiempo en que escribía San Cipriano (C. Ep. 40), cuando los antiguos peregrinos grababan los primeros proscenemas en los muros de la cripta papal o cementerio de San Calixto.

Más claramente demuestra su autenticidad el principio de las Actas. Comienzan así: "Siendo emperadores Valeriano y Galieno, y Emiliano y Baso, cónsules, el diez y siete de las calendas de febrero, domingo, fuero apresados Fructuoso, obispo, y Augurio y Eulogio, diáconos". Ahora bien, en todo el reinado de Valeriano sólo una vez cayó en domingo el diez y siete de las calendas de febrero, y precisamente el año 250, en que Emiliano y Baso eran cónsules. Este dato cronológico es de demasiada precisión para haber sido inventado; ciertamente lo escribió un contemporáneo. (P. Allard.)

## PASION DE LOS SANTOS MARTIRES SANTIAGO Y MARIANO Y OTROS MUCHOS

**En Cirta (Constantinopla) el 6 de mayo de 269.**

Cuando los Santos Mártires de Dios omnipotente y de su Cristo, impacientes por llegar a conseguir las promesas del reino de los cielos, encargan a sus allegados alguna cosa con especial empeño, nunca se olvidan de la humildad, que es la base de la grandeza en la fe; y cuanto mayor fue su modestia en pedir, con tanta mayor eficacia consiguieron. Los gloriosos mártires del Señor, Mariano y Santiago, nos dejaron a nosotros el encargo de proclamar su gloria. Mariano fue para mí uno de los hermanos más queridos, y con Santiago me unían, además de los lazos del Sacramento y de religión, los de familia. Los dos, cuando se disponían a librar su gloriosa batalla contra las iras e ímpetus del siglo, nos encargaron pusiéramos por escrito, para conocimiento y provecho de los demás hermanos, el relato de la lucha que emprendían por inspiración del Espíritu Santo. Y esto no porque pretendieran que la gloria de su triunfo se extendiera por la tierra, sino para esforzar con su ejemplo los ánimos de los demás fieles. No sin causa su familiaridad conmigo les movió a darme tal encargo. ¿Quién dudará de que yo, que vivía con ellos en la más estrecha amistad cuando nos sorprendió la persecución, conocía todos los secretos de su vida?

Hacíamos un viaje por Númida todos juntos como teníamos por costumbre. El camino que hacíamos en obsequio de la fe y a la religión, para ellos se convirtió en camino del cielo. Llegamos, pues, a Muguas, que es un arrabal de Cirta, en la cual el ciego furor de los gentiles se levantaba como las olas del mar, y por ser ciudad de fuerte guarnición, la persecución era más cruel, además de que la rabia del demonio acechaba a los justos, para poner a prueba su fe. Por todo

ello, comprendieron los gloriosos mártires Mariano y Santiago la especial providencia divina para con ellos, al llevarlos a una región donde rugía con mayor furor la tempestad de la persecución y conducirlos de aquel modo al lugar de su triunfo. En efecto, el brutal y ciego odio del gobernador empleaba la fuerza militar en apresar a los predilectos de Cristo. Y no sólo se dirigía la persecución contra aquellos que habían pasado incólumes las anteriores, sino también alcanzó la mano insaciable del demonio a aquellos que ya antes habían sido desterrados, y aunque no habían derramado su sangre, de deseo ya eran verdaderos mártires.

De éstos fueron presentados al gobernador Agapio y Secundino, obispos, ambos recomendables por su caridad, y uno también por su continencia. Eran conducidos no de un suplicio a otro, como creían los gentiles sino de un triunfo a otro, de una lucha a otra lucha, para que así como en el destierro habían despreciado las pompas seculares por seguir a Cristo, así también triunfarán de la muerte con una fe consumada. No podía retardarse la corona de la victoria en el combate a aquellos a quienes el Señor se apresuraba a recibir en su gloria. Y sucedió, hermanos, que Agapio y Secundino, sacerdotes gloriosos, al dirigirse al martirio por orden del gobernador, sin duda, pero sobre todo por la voluntad de Cristo, se hospedaron en mi casa. Tal era el espíritu de gracia que en ellos moraba, que juzgaban cosa de poco mérito su propio martirio, y a impulsos de la inspiración de su gran fe, hubieran querido conducir a otros al mismo honor. Tan grande era su amor para con los hermanos, que aunque sin pronunciar palabra, sólo sus ejemplos de devoto y firme valor hubieran bastado para confirmar en la fe a los hermanos, quisieron derramar en nuestros corazones el rocío de su salutífera palabra; no hubiera podido quedar en silencio ellos que contemplaban la Palabra de Dios. Y nada tiene de extraño que su conversación, en tan pocos días confortase tanto nuestros ánimos, pues en ellos brillaba ya la gracia de Cristo en virtud de su próximo martirio.

A su partida dejaron tan entusiasmados a Mariano y a Agapio con su palabra y su ejemplo, que estaban dispuestos a seguir a los gloriosos pasos de su carrera. Apenas habían transcurrido dos días y ya les esperaba a Mariano y a Agapio la palma. Aquí no se presentó algún que otro soldado de la guarnición como sucede en otras partes, sino una centuria de la peor catadura se presentó en nuestra ciudad como si fuera un fuerte baluarte de la fe.

¡Oh invasión deseada! ¡Oh feliz y consolador temor! Todo sucedió para que la sangre inocente de Mariano y Santiago, consiguiera la misericordia divina. Apenas si podemos, hermanos, contener nuestra alegría. Apenas hace dos días que de nuestros brazos marcharon al triunfo algunos hermanos, y aun están entre nosotros otros a quienes espera la misma gloria.

Como la hora de la misericordia divina se acercaba, también a nosotros nos cupo parte en la gloria de los mártires, porque fuimos conducidos de Alugnas a Cirta. Nos seguían nuestros carísimos hermanos, ya destinados al triunfo, a los cuales les arrastraba su amor hacia nosotros, y la misericordia ya segura de Cristo. Y cosa digna de atención, cambiando el orden de las cosas; los que llegaron más tarde debían precedernos. No tuvieron mucho tiempo que esperar, porque al animarnos ellos con una santa alegría, manifiestamente se confesaban cristianos. Preguntados luego, con gran valor perseveraron en la confesión del nombre de Cristo, siendo en seguida llevados a la cárcel.

Desde aquel día fueron atormentados por un esbirro encargado de torturar a los santos; le ayudaron en su cruel tarea los magistrados de Cirta y Centuria, o mejor los sacerdotes de Satanás: como si desgarrando los miembros hubieran de romper la fe, para la cual el cuidado del cuerpo es cosa vil.

Santiago era tan constante en la fe, que ya había sufrido martirio por defenderla en la persecución de Decio, y ahora no sólo se declaraba ser cristiano, sino también diácono; a Mariano, se le sometió al tormento por confesar ser Lector, como era en realidad. ¡Qué tormentos aquellos tan nuevos y sugeridos por el genio depravado de Satanás, maestro de el arte de atormentar! A Mariano le colgaron para desgarrarle, pero fue tal la gracia que le asistió en aquellos momentos, que todo contribuyó a aumentar su corona. Se le suspendió, no por las manos, sino de los extremos de los pulgares, para que cargando todo el peso sobre partes más débiles fuera mayor el dolor. Además le fueron atados a los pies grandes pesos, a fin de que, dislocado por diversos tormentos y descoyuntado por la tensión de las entrañas, todo el peso fuera sostenido por algunos nervios. En vano trabajaste contra el templo de Dios y el coheredero de Cristo, ¡oh malicia pagana! Por más que suspendas los miembros, golpees los costados y arranques las entrañas, Mariano, confiado en Dios, crece en gracia cuanto aumentan los tormentos. Al fin, vencida la ferocidad de los verdugos, fue de nuevo encerrado en la cárcel, alegre de haber triun-

fado, y en ella celebró con Santiago y los demás hermanos, con haci-  
miento de gracias, la victoria divina en ellos.

¿Qué decís ahora, gentiles? ¿Creéis que los cristianos temen las penalidades de la cárcel y las tinieblas temporales morando en ellos la luz alegre de la gloria eterna? El alma de los mártires, confiada en el auxilio de la gracia divina y pensando sólo en el cielo, no siente ya sus propios tormentos. Por más que busquéis para atormentarnos los lugares más recónditos e ignorados y los antros más tenebrosos, sin embargo de eso, para los que han puesto en el Señor su confianza, no hay lugar abyecto ni día triste. A aquellos que están consagrados a Dios Padre les sirve de apoyo de día y de noche la hermandad de Cristo. Así, después de haber sido torturado Mariano cayó en un profundo sueño, y al despertar de él nos contó lo que la divina misericordia le había hecho comprender para fortalecer más aún nuestra esperanza. “He visto, hermanos, dijo, la plataforma superior de un tribunal muy elevado; allí había sentado un personaje que hacía de juez; también había allí un gra estrado, no de un solo tramo de escale-  
ras, sino de muchos y de muy grande altura. A él eran presentados por grupos los confesores, y el juez a todos los condenaba a muerte. Entonces oí una voz muy clara y potente que decía: “Que se presente Mariano”. Subía yo por la escalinata, cuando de improviso vi que a la derecha del juez estaba sentado Cipriano, quien me tendió sonriente una mano y me ayudó a subir hasta la cumbre de la escalera, y me dijo: “Ven y siéntate a mi lado”. Luego continuó el interrogatorio de los otros grupos, y yo seguía sentado; luego se levantó el juez y nosotros le acompañamos hasta el pretorio. Nuestro camino corría por un lugar de praderas muy amenas, sembrado de bosquecillos frondosos sombreado por altos cipreses y elevados pinos. Diríase que aquel lugar estaba rodeado por todas partes de un inmenso seto de verdura. En el centro había una caverna en la que brotaba una fuente de abundantes y transparentes aguas que se esparcían por varios arroyuelos. De improviso, desapareció de nuestra vista el juez. Entonces Cipriano tomó un vaso que había junto al margen del arroyo, y llenándole bebió, y volviéndole a llenar me lo alargó y bebí con gran satisfacción. Al querer dar al Señor gracias, mi misma voz me despertó, y me levanté”.

Entonces se recordó Santiago de que la misericordia divina también a él le había dado a entender su triunfo. Porque unos días antes, yendo en un carro Mariano, Santiago y yo, porque yo también iba con

ellos, a eso del mediodía, a pesar de lo fragoso del camino, cayó en un profundo sueño, y al preguntarle nosotros después de despertar, nos dijo: “Me emociona la alegría, y también vosotros os debéis de alegrar conmigo, porque he visto un joven hermosísimo y de una gran talla, vestido de una túnica de tan gran blancura, tanta, que los ojos no resistían mirarla por largo tiempo; sus pies no tocaban en la tierra, y su rostro se ocultaba entre las nubes. Al pasar, nos dejó dos cinturones de púrpura, uno para ti, Mariano, y el otro para mí, y dijo: “Seguidme presto”. ¡Oh sueño mejor que todas las vigilas! ¡Oh, sueño feliz de aquel que descansa en la fe y vigila, cuyos miembros duermen y cuya alma está en vela! Porque solamente puede contemplar a Dios el espíritu. ¿Cuán alegres y enagenadas estarán las almas de los mártires que al confesar el santo nombre de Cristo pudieron oír su voz, y ver que se entregaba a ellos para siempre? No les fue impedimento el continuo traqueteo de carro, ni el calor del sol del mediodía. No aguardó el Señor al silencio de la noche, y por una gracia particular y nunca oída, escogió una hora nueva para la visión”.

Tales favores no se concedieron a uno por otro. Emiliano, que también estaba en la cárcel con los demás hermanos, aunque era noble, había vivido en castidad hasta los cincuenta años. Desde que fue apresado redobló los ayunos y oraciones. Ellos sostenían su alma y la preparaban para el combate. También él se durmió al mediodía, y al despertar nos manifestó estos arcanos que le fueron revelados en su visión: “Al ser sacado yo de la cárcel, me encontré con un hombre gentil, que era hermano mío, según la carne. Se mofaba de nuestra religión y me preguntaba socarronamente que tal me iba con las tinieblas de la cárcel y con el hambre”. Yo le respondí: “Para los servidores de Cristo la palabra de Dios es luz en las tinieblas y alimento confortante en el ayuno”. Al oír de mi estas palabras contestó él: “Has de saber que todos los que estáis en la cárcel, si perseveráis en vuestra terquedad, seréis condenados a muerte”. Pero yo, que temía me quisiera engañar quise saber si aquello que él decía, y que yo tanto deseaba, era verdad; y así le pregunté: “¿Es cierto que todos sufriremos el martirio? El corroboró diciendo: “La espada que os espera hará correr vuestra sangre. Pero yo quisiera saber si a todos vosotros, que despreciáis el vivir, os aguardan los mismos premios en el cielo”. Yo le contesté: “No me creo capaz de responder a tu pregunta; pero levanta los ojos al cielo y verás una inmensidad de brillantes estrellas. ¿Acaso todas tienen un mismo brillo?, y sin embargo de eso, todas

lucen". A pesar de mi respuesta insistió en preguntar y dijo: "Luego si hay diferencia, ¿quiénes serán preferidos por vuestro Dios?" "Lo serán dos, le respondí yo, cuyos nombres no te diré, pero Dios los conoce". Como él insistiese y me abrumara con sus preguntas, le dije: "Son aquellos cuyos martirio cuanto más difícil y más raramente vencen, tanto mayor será la corona; a ellos se refiere la Escritura, que dice: "Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de los cielos".

Después de algunos días de estas visiones, fueron sacados de la cárcel y presentados de nuevo en público, delante del magistrado de Cirta, para que éste los remitiera ya honrados con la confesión de la fe al presidente, cumplida ya parte de la condena. Uno de los hermanos que allí estaba atrajo a sí las miradas de todos los gentiles, porque ya se veía brillar en su cara a Cristo, en virtud del próximo martirio. Los gentiles furibundos y amotinados le preguntaron si profesaba la religión de los mártires y si tenía el mismo nombre. Su inmediata confesión le asoció al grupo de los mártires. De esta manera aquellos gloriosos mártires, mientras se preparaban para su propio martirio, ganaban nuevos confesores para el Señor. Por fin fueron enviados al presidente, yendo radiantes de alegría por el camino difícil y áspero. Fueron presentados al presidente, a quien ya conocían por haber sido otra vez puestos ante su tribunal; luego se los encerró por segunda vez en la cárcel. Tal es el albergue que los paganos dan a los justos.

Durante muchos días pasaron al descanso del Señor por el derramamiento de la sangre gran número de los hermanos, porque el odio furioso del presidente, absorto en atormentar a los simples fieles, guardaba para mejor ocasión a los clérigos Santiago y Mariano. La astucia había aconsejado al enemigo que separase a los laicos de los clérigos, esperando que apartados aquellos de las exhortaciones y dirección de éstos cederían a las tentaciones del siglo y a sus propios terrores. Cuando entendieron esto nuestros carísimos mártires y los demás clérigos, se contristaron de que la corona de su triunfo se les retrasase y fuesen precedidos por los simples fieles en la gloria del combate.

Agapio (el obispo) hacía ya tiempo que había sufrido el martirio con dos jóvenes, Tertula y Antonio, a las cuales profesaba un amor paternal. Continuamente había estado pidiendo al Señor que las asociara a su martirio, y Dios había recompensado su fe diciéndole: "¿Por qué pides con tanta insistencia lo que desde el primer momento

has conseguido?” Este Agapio, pues, se apareció durante el sueño a Santiago que estaba en la cárcel. En efecto, estando para morir, porque se esperaba al verdugo de un momento para otro, dijo Santiago: “Soy feliz, porque voy a unirme con Agapio y con los demás mártires en el banquete celestial. Esta noche he visto a Agapio con todos nuestros antiguos compañeros de la cárcel de Cirta que celebraban un convite; todos ellos estaban muy alegres, pero especialmente Agapio. A aquel banquete fuimos arrebatados Mariano y yo como a un ágape de amor. Allí nos salió a recibir un niño de los dos mellizos que tres días antes habían sufrido el martirio con su madre, trayendo una palma muy verde. El nos dijo: “¿Por qué os apresuráis? Alegraos y regocijaos, ya que mañana os sentaréis con nosotros al banquete”...

Al día siguiente de la visión el presidente pronunció contra Santiago y Mariano y los demás clérigos sentencia de muerte, por la cual habían de verse libres de los cuidados del siglo y asociados a la gloria de los patriarcas.

Fueron, pues, conducidos al lugar del suplicio, un profundo valle surcado por un riachuelo. La sangre de los mártires se juntó con las aguas del arroyo; todo tenía un misterioso simbolismo, porque bautizados en la propia sangre, recibían en el agua una nueva purificación.

Aquello fue un certamen y competencia de crueldad, porque como era tan elevado el número de los fieles que había que degollar, el verdugo los colocó a todos en varias filas para poder más cómodamente herirlos. Esta fue la solución para ejecutar tan sangriento y bárbaro cometido. Porque si todos hubieran sido ejecutados en un mismo lugar hubiera sido enorme el montón de cadáveres y hubiera obstruido el curso del río. Según era costumbre se vendaron los ojos a los ajusticiados, pero ninguna obscuridad podía entenebrececer las almas de los que interiormente estaban alumbrados por una luz refulgente y clara. Muchos de ellos, aun con los ojos vendados, contaban a cuantos les rodeaban las cosas admirables que veían; como caballos blancos montados por jóvenes jinetes también vestidos de blanco. Algunos de los mártires corroboraron lo que decían sus compañeros, afirmando que oían los relinchos de los caballos. Mariano, con espíritu profético, afirmaba con toda firmeza que la sangre de los justos pronto había de ser vengada. Y amenazaba al mundo con las plagas inminentes que enviaría el cielo, como hambres, cautiverios, terremotos y nubes de moscas venenosas. Con tales palabras no sólo impropereaba la fe del mártir a los gentiles, sino que a manera de clarín de

guerra excitaba el valor de los hermanos a luchar con el mayor denuedo, porque aterrados los gentiles con tan tremendos castigos, se privaría a los fieles de Cristo de la gloria de una muerte tan honrosa.

Concluido el martirio, la madre de Mariano, a imitación de aquella otra de los Macabeos, se alegraba de la muerte de su hijo y de que hubiera consumado su martirio, congratulándose de haber tenido tal hijo. Se abrazaba con aquel cuerpo salido del suyo y besaba con religioso amor la herida del cuello. ¡Oh feliz María!, dichosa por tal hijo y por tal nombre. ¿Quién dudará de la felicidad que lleva consigo este nombre al ver la gloria que acarreó a esta nueva María su hijo? ¡Qué cosa tan admirable es la misericordia de Dios y de Cristo para con los suyos! No sólo los conforta con su gracia, sino que los vivifica con su muerte. ¡Quién podrá comprender el valor de sus favores! Su misericordia paternal obra sobre nosotros y nos prodiga los dones que la fe nos muestra como precio de la sangre de nuestro Dios. Gloria e imperio a El por los siglos de los siglos. Amén.

---

Las Actas anteriores son tan abundantes en detalles que excusan otras explicaciones. Están escritas por un compañero y son excelentes. El autor "sólo piensa e el martirio, y su pluma parece mojada en sangre. Su estilo imita bastante al de San Cipriano, y da motivos para creer que era discípulo suyo". (Tillement).